



Jaume Clotet La calavera del apóstol



DESTINO

La calavera del apóstol

Jaume
Clotet

Traducción de Manuel Pérez Subirana

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1707

Título original: *La calavera de l'apòstol*

© Jaume Clotet Planas, 2025

© Columna edicions, Llibres i Comunicació, S.A.U.

© por la traducción del catalán, Manuel Pérez Subirana, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull.

**LLL institut
ramon llull**
Lengua y cultura catalanas

Primera edición: agosto de 2025

ISBN: 978-84-233-6816-7

Depósito legal: B. 11.861-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

Palacio de Versailles, año 1730

El duque Adrien Maurice de Noailles empezó a subir los peldaños de la gran Escalera de los Embajadores con la misma energía con la que ascendía por los escalones de su esplendorosa carrera al servicio de la Corona y del Estado. Con cincuenta y dos años recién cumplidos, tenía el convencimiento absoluto de que se acercaba al momento culminante de su trayectoria política y militar. Le precedía un mayordomo real que, a su juicio, caminaba con una parsimonia excesiva, lo cual le irritaba. El reino de Francia se había construido con paso firme y decidido, no con pasos tímidos como aquellos. Detrás, algunos de sus oficiales cargaban cajas de madera que llevaban pintado el blasón ducal, rojo con una banda de oro.

El viaje desde París se había alargado más de lo previsto. Las ruedas de los carruajes se habían encallado varias veces en el barrizal en el que se convertían los caminos que llevaban al Palacio Real de Versailles durante los meses de otoño. Sus hombres habían sufrido lo indecible para volver a ponerlos en movimiento, mientras algunos niños se reían a una distancia prudencial. Aun así, el duque no se había inmutado ni había abierto la

boca para quejarse. Él mismo le había rogado a Luis XV que volviera a Versalles, donde precisamente el rey había nacido, pero de donde se había marchado para instalarse, junto con su corte, en el Palacio de las Tullerías de París. Aquel palacio de las afueras de la ciudad nunca le había gustado al rey. Hacía ya unos años, el monarca había cedido por fin a las presiones de los nobles y había regresado a Versalles. Decían que era un lugar más seguro, alejado de los estallidos de las masas, y más higiénico, apartado de la inmundicia parisina. Alegaban que el río Sena era un gran vertedero y una alcantarilla a cielo abierto que atravesaba la capital del reino. Todo esto era cierto, pero Luis XV seguía sin estar convencido. Incluso circulaba el rumor, posiblemente alimentado por él mismo, de que un día mandaría derribar Versalles y regresaría a París.

Cuando el duque y sus hombres llegaron al primer piso, el mayordomo los hizo pasar al Salón de Venus y les rogó que esperaran unos instantes mientras avisaba al rey de su presencia. Al no recibir ninguna indicación de que podían dejar las cajas en el suelo, los oficiales del ducado de Noailles permanecieron de pie sujetándolas mientras confiaban en que esa espera incierta no se alargara en exceso. Indiferente a la inquietud de sus hombres, el duque repasó con la mirada aquel salón que tan bien conocía. Había pasado allí muchas horas, en compañía del rey o de otros miembros de la corte. Algunas veces incluso había tomado un refrigerio en esa misma cámara, sobre todo después de algunas recepciones soporíferas o de aquellos conciertos interminables que a menudo le hacían caer presa del sueño.

A Noailles le parecía que la decoración de aquel salón, como la del resto de Versalles, era un poco excеси-

va. Los mármoles, las estatuas, los bronce dorados y las columnas jónicas estaban ciertamente de moda, pero no eran de su gusto. Creaban una sensación opresiva que lo incomodaba. Los óleos y los frescos, en cambio, le gustaban más. Sus ojos se alzaron buscando su pintura favorita. En el panel central, situado en medio del techo, la diosa Venus subyugaba divinidades y otras fuerzas sobrenaturales cómodamente apoyada sobre una nube. Era una obra magnífica que siempre había despertado su admiración.

«Si todo fuera tan fácil...», pensó el duque. Subyugar nunca era rápido ni sencillo. Él mismo podía dar fe de ello. Había participado activamente en la guerra de Sucesión española, primero junto con su padre, el duque Anne-Jules, y después como mariscal de campo. En Cataluña había llevado a cabo hasta siete campañas militares. Por Dios, qué robustos y obstinados eran aquellos catalanes. Aún recordaba el asedio de Girona, ciudad en la que los catalanes habían resistido hasta más allá de lo razonable. Por eso sabía que, al contrario de lo que la diosa Venus sugería, el camino hasta la victoria nunca era fácil y siempre había que pagar un precio. Solo los insensatos se dejaban subyugar sin ofrecer resistencia. Pretender algo así era una ilusión absurda. Una rendición sin resistencia, además, carecía de épica y gloria. La grandeza y los libros de historia reclamaban un peaje de sangre, dolor y remordimientos. Era el precio que pagaba Francia, y lo pagaba de buen grado.

Justo cuando empezaba a impacientarse, el mismo mayordomo que los había acompañado abrió la puerta por la que había salido y lo invitó a pasar al Salón de la Abundancia, donde lo esperaba Luis XV. El duque se dirigió hacia allí sin esperar a sus hombres, que se apre-

suraron a seguirlo. La estancia era bastante más pequeña que el Salón de Venus, y por eso era la preferida del rey, que rehuía siempre las habitaciones espaciosas. El salón conectaba con otras dos salas, una de las cuales era precisamente la predilecta del duque: el Gabinete de las Medallas, donde el monarca guardaba y exhibía las rarezas y curiosidades más extraordinarias de la colección real. Siempre que tenía ocasión, el duque entraba para admirarlas, pero la visita de ese día no era una audiencia cualquiera y no tenía tiempo que perder.

El rey los esperaba solo, plantado en medio de la sala, y no movió ni una ceja mientras se sucedían ante él las reverencias protocolarias de todos los que entraban. El monarca mantenía cierta distancia con Noailles, seguramente para preservar su dignidad real ante un duque que, por muchos títulos que tuviera y mucha sangre azul que corriera por sus venas, no dejaba de ser un súbdito más. Al visitante, sin embargo, aquella distancia no le suponía ningún problema. No era ningún secreto, ni en la corte ni por todo París, que el aliento del rey era fétido y desagradable, al igual que aquella boca de labios finísimos y dientes oscuros y mal colocados. Aunque el rey se perfumara constantemente con esencia de violeta, su aliento superaba todos los obstáculos y resultaba imposible no olerlo desde una distancia corta. Y el olfato ducal, educado en el refinamiento más elevado de Francia, apenas podía soportar aquel mal olor.

—Majestad, gracias por concederme audiencia. Os lo agradezco profundamente.

—Estimado Adrien, entre todas las solicitudes que recibo, la vuestra era sin duda de las más interesantes. Tened en cuenta que casi todos los visitantes vienen a pedirme algo, y en cambio, en vuestro mensaje, me de-

cíais que veníais a ofrecerme un regalo. Eso es algo que no pasa cada día, podéis creerme.

El duque esbozó una sonrisa forzada. Estaba claro que había habido algún malentendido. Él venía a ofrecerle unos objetos al rey, pero con la intención de venderlos, no de regalarlos. Aunque, sabiendo cómo era el rey, tal vez no se tratara de ningún malentendido. Se conocía a Luis XV por el amor que profesaba hacia el arte y los objetos preciosos, así como por su curiosidad insaciable, pero también era bien sabido que sus dificultades financieras eran casi crónicas.

—El ducado que represento está al servicio de la Corona y de su majestad, ya lo sabéis. Y si hay algún objeto que crea que os puede interesar, mi obligación es presentároslo sin más consideraciones, aunque yo mismo haya podido desarrollar afecto y estimación hacia él.

—Lo celebro. No todos los nobles del reino piensan del mismo modo, por desgracia... —E inclinando un poco la cabeza para observar a los hombres situados detrás del duque, añadió—: Veo que os habéis hecho acompañar por algunos de vuestros servidores. Deduzco, por las cajas que sostienen, que esto que me traéis no son meras bagatelas para halagarme.

El duque de Noailles levantó las manos mientras hacía una mueca divertida.

—¡Jamás haría algo así, majestad! Vuestro buen juicio en relación con el mundo de las artes, bien conocido por toda Francia y el mundo entero, detectaría al instante cualquier intento de daros gato por liebre y pondría en grave riesgo mi reputación ante usted y ante toda la corte.

El duque hizo una indicación a sus hombres, que dejaron las cajas en el suelo y empezaron a abrirlas.

Uno tras otro sacaban y le pasaban los objetos más diversos, que Noailles entregaba al rey con profusión de explicaciones y anécdotas. Armas de filo, jarrones, joyas, relojes, juguetes articulados y todo tipo de utensilios estrafalarios con las más diversas funciones pasaron por las manos reales y generaron más o menos interés, según el caso. Tras examinar los obsequios y hacer algún comentario ocasional, el rey los dejaba sobre una gran mesa situada a su lado.

—Son auténticas rarezas, la mayoría de ellas obtenidas fuera de vuestro reino, durante las campañas militares al servicio de vuestro bisabuelo, el añorado Luis XIV, a quien la familia Noailles sirvió con la misma devoción con la que hoy os sirve a vos —dijo el duque justo cuando le pasaban los objetos de la última caja y mientras le ofrecía al rey un libro ancho y grueso.

—¡Oh, otra biblia! —dijo el rey sin ocultar su decepción.

El tono del comentario no le pasó inadvertido al duque, que se apresuró a hablar:

—¡Esta no es una biblia cualquiera, majestad! Se trata de un ejemplar casi único. Tiene quinientas sesenta y seis páginas ricamente ilustradas con miniaturas y más de doscientas anotaciones. Es mucho más que una biblia: ¡es una enciclopedia bíblica! Más aún: ¡es la biblia de las biblias!

—Todo esto que decís es ciertamente interesante, pero no deja de ser una biblia, y ya tengo muchas —dijo el rey mientras la hojeaba sin demasiado entusiasmo—. ¿De dónde proviene, por cierto?

—Formaba parte de la colección privada de mi padre, segundo duque de Noailles y mariscal de Francia, como sabéis. Durante la guerra de los Nueve Años sir-

vió a vuestro bisabuelo, el Rey Sol, especialmente en el norte de Cataluña. Después de tomar la ciudad de Roses en 1693, se desplazó al monasterio de Sant Pere de Rodes, donde encontró esta biblia que ahora tenéis en vuestras manos.

El rey levantó los ojos del libro sagrado para mirar al duque.

—No creo que los monjes se la dieseen de buen grado, ¿verdad?

—Majestad, ya sabéis que en tiempos de vicisitudes se llevan a cabo actuaciones poco convencionales, pero absolutamente justificadas. Al parecer, el monasterio se hallaba casi en estado de abandono a causa de la guerra y, además, los monjes no simpatizaban con nuestra causa, sino más bien con la contraria. Como castigo a su insolencia, pero también para asegurarse de que esta biblia y otros objetos no se perdieran ni los robasen, mi padre decidió trasladarlos a Francia para su conservación.

El monarca miró a Noailles con cara de circunstancias. Él solo tenía veinte años y el duque le doblaba la edad, pero no necesitaba que le contaran pampinas. Sabía bien cómo funcionaba el mundo y en varias ocasiones había dejado muy claro que no aprobaba el saqueo ni el robo arbitrario, ni siquiera en los territorios conquistados. Para evitar que robasen esa biblia, la mejor solución había sido, precisamente, robarla. ¡Lo que había que oír! Pero ese día estaba cansado y no tenía ganas de discutir. Siguió observando y manoseando los objetos un rato más, en silencio, bajo la mirada atenta del duque. De repente volvió la cabeza para echar un vistazo a un reloj dorado que había sobre un pequeño mueble auxiliar. Era la señal habitual de que la recepción llegaba a su fin. Noailles

se apresuró a tomar la palabra antes de que el rey se retirara.

—Majestad, celebro que os hayan gustado estos objetos. No tenía ninguna duda de que sabríais apreciarlos; el buen gusto forma parte inseparable del carácter de la casa de los Borbones. Naturalmente, el regalo es todo vuestro y vuestra satisfacción es la mejor gratificación que puedo obtener, pero seguro que también sabréis recompensar los esfuerzos y peligros que ha afrontado mi familia para poder traer estas piezas de valor incalculable hasta aquí. Cualquier cantidad que podáis pensar seguro que será justa y adecuada.

—Como bien decís, mi satisfacción es vuestra mayor recompensa. Yo no podría haberlo dicho mejor y este comentario os honra muchísimo. Sois un excelente servidor de la Corona. Espero que volvamos a vernos muy pronto.

Sin añadir nada más, el rey dio media vuelta y salió de la estancia en dirección al Salón de Hércules mientras todos le hacían reverencias. De inmediato, el mayordomo invitó al duque y a su pequeña comitiva a irse por donde habían venido. Antes de salir, Adrien Maurice de Noailles se detuvo un instante frente a la única ventana del salón para comprobar, como temía, que el viaje de regreso a París lo harían bajo la lluvia y por unos caminos llenos de barro y charcos. La excursión no había ido precisamente como él había previsto. No le había sacado ni cinco al rey. Pero si algo había aprendido era que siempre se debía ser positivo y optimista. Bien mirado, no había sido un viaje totalmente en vano. A fin de cuentas, Luis XV engrosaría su colección con unos objetos ofrecidos por el duque y, por tanto, Noailles mantendría a raya a los posibles com-

petidores dentro de la corte a la hora de obtener nuevos y mayores favores reales. Era un balance exiguo, pero siempre podía ser peor, concluyó mientras avanzaba a toda prisa hacia aquel mayordomo remolón en la Escalera de los Embajadores.